

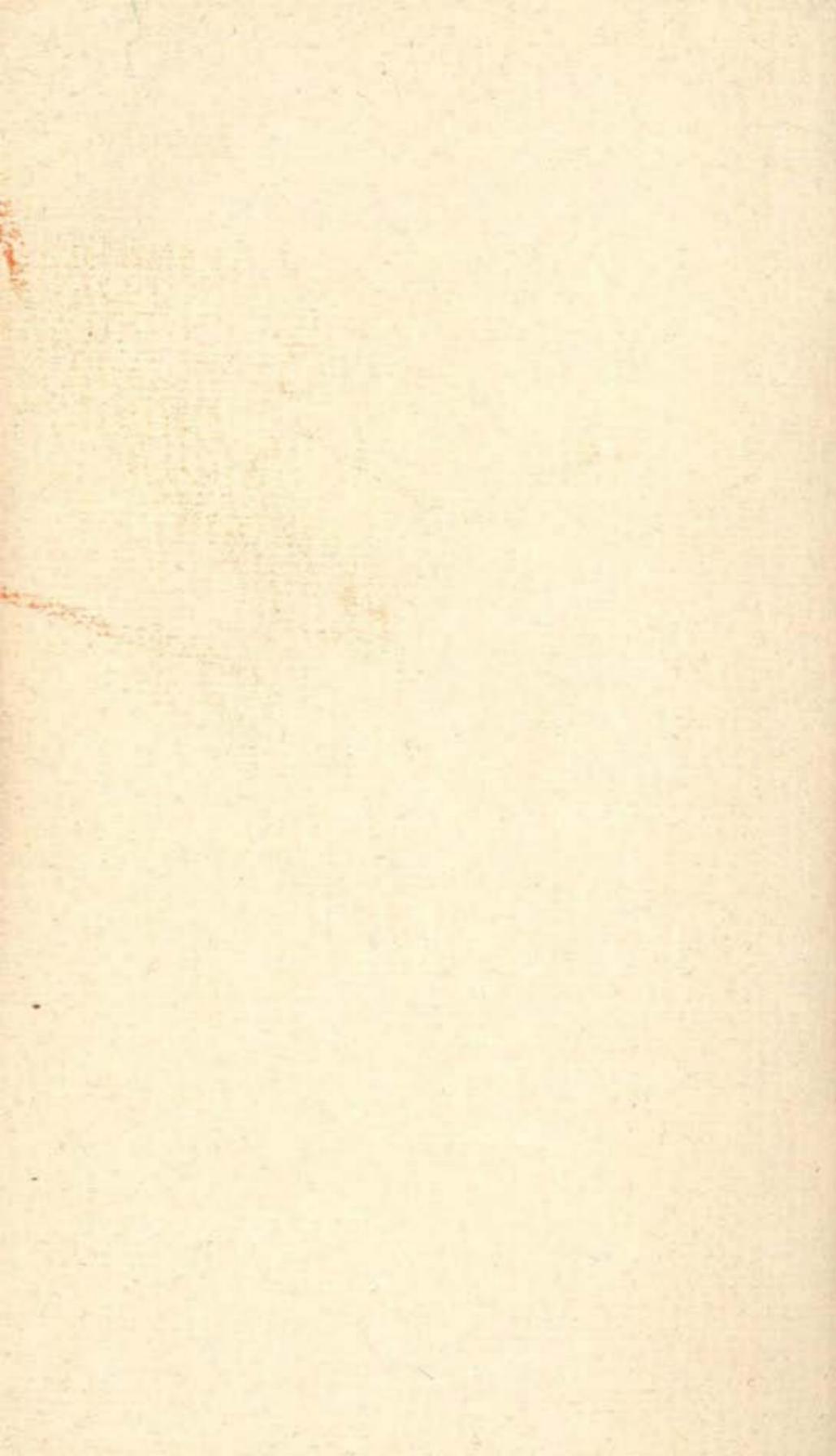




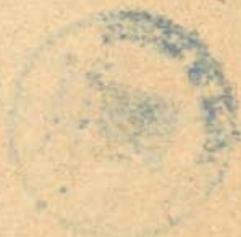
Donativo

A. 2607

R  
131 869



BIBLIOTECA UNIVERSAL



BIBLIOTHECA UNIVERSITATIS



# CARTAS Á ANDRÉS NIPÓRESAS

POR EL BACHILLER

D. JUAN PEREZ DE MUNGUÍA

---

1.ª

*De las Batuecas este año que corre.*

Andrés mio: Yo pobrecito de mí, yo Bachiller, yo batueco, y natural por consiguiente de este inculto país, cuya rusticidad pasa por proverbio de boca en boca, de region en region; yo hablador y careciendo de toda persona dotada de chispa de razon con quien poder dilucidar y ventilar las cuestiones que á mi embotado entendimiento se le ofrecen y le embarazan, y tú cortésano y discreto!!! ¡Qué de motivos, querido Andrés, para escribirte!

Oyan, pues, esas mis incultas ideas, tales cuales son, mal ó bien compaginadas.



derramándose á borbotones como agua de cántaro mal tapado.

«¿No se lee en este país porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee?»

Esa breve dudilla se me ofrece por hoy, y nada más.

Terrible y triste cosa me parece escribir lo que ha de ser leído; empero más ardua empresa se mi figura á mí, inocente que soy, leer lo que no se ha escrito.

¡Mal haya, amén, quien inventó el escribir! Dale con la civilización, y vuelta con la ilustración. ¡Mal haya, amén, tanto achaque para emborronar papel!

A bien, Andrés mio, que aquí no pecamos de ese exceso. Y torna los ojos á mirar en derredor nuestro, y mira si no estamos en una balsa de aceite. ¡Oh infeliz moderación! ¡Oh ingenios limpios los que no tienen que enseñar! ¡Oh entendimientos claros los que nada tienen que aprender! ¡Oh felices aquellos, y mil veces felices, que ó todo se lo saben ya, ó todo se lo quieren ignorar todavía!

¡Maldito Gutenberg! ¿Qué genio maligno te inspiró tu diabólica invención? ¿Pues imprimieron los egipcios y los asirios, griegos ni los romanos? ¿Y no vieron, y no dominaron?

¿Que eran más ignorantes dices? ¿Cuántos murieron de esa enfermedad? ¿Qué más

mordimientos atormentaron la conciencia del Omar, que destruyó la biblioteca de Alejandría? ¿Que eran más bárbaros, añades? Si crímenes, si crueldades padecian, crímenes y crueldades tienen diariamente lugar entre nosotros. Los hombres que no supieron y los hombres que saben, todos son hombres, y lo que peor es, todos son hombres malos. Todos mienten, roban, falsean, perjuran, usurpan, matan y asesinan. Convencidos sin duda de esta importante verdad, puesto que los mismos hemos de ser, ni nos cansamos en leer, ni nos molestamos en escribir en este buen país en que vivimos.

¡Oh felicidad de haber penetrado la inutilidad del aprender y del saber!

— Mira aquel librero ricachon que cerca de tu casa tienes. Llégate á él y dile: «¿Por qué no emprende usted alguna obra de importancia? ¿Por qué no paga bien á los literatos para que le vendan sus manuscritos? — ¡Ay señor! te responderá. Ni hay literatos, ni manuscritos, ni quien los lea: nos traen sino folletitos y novelicas de teatro al cuarto; luégo tienen una vanidad, no dejan pedir.... No, señor, no. — ¿Pero se vende? — ¿Vender? Ni un libro: ni revistas los quiere nadie; llena tengo la tienda.... ¡Si fueran billetes para la ópera ó para los teatros....!»

¿Ves pasar aquel autor escuálido de todos conocido? Dicen que es hombre de mérito. Anda y pregúntale: «¿cuándo da usted á luz alguna cosita? Vamos.....—¡Calle usted por Dios! te responderá furioso como si blasfemase; primero lo quemaría. No hay dos libreros hombres de bien. ¡Usureros! ¡Mire usted, dias atrás me ofrecieron una onza por la propiedad de una comedia extraordinariamente aplaudida; seiscientos reales por un Diccionario Manual de Geografía, y por un Compendio de la Historia de España, en cuatro tomos, ó mil reales de una vez, ó que entraríamos á partir ganancias, despues de haber hecho él las suyas, se entiende!!! No, señor, no. Si es en el teatro, cincuenta duros me dieron por una comedia que me costó dos años de trabajo, y que á la empresa le produjo doscientos mil reales en ménos tiempo; y creyeron hacerme mucho favor. Ya ve usted que salía por real y medio diario. ¡Oh! y eso despues de muchas intrigas para que la *pasaran y representaran*. Desde entónces, ¿sabe usted lo que hago? Me he ajustado con un librero para traducir del francés al castellano las novelas de Walter Scot, que se escribieron originalmente en inglés, y algunas de Cooper, que hablan de marina, y es materia que no entiendo palabra. Doce reales me viene á dar por pliego de imprenta,

y el día que no traduzco no como. Tambien suelo traducir para el teatro la primer *piecilla* buena ó mala que se me presenta, que lo mismo pagan y cuesta ménos; no pongo mi nombre, y ya se puede hundir el teatro á silbidos la noche de la representacion. ¿Qué quiere usted? En este país no hay aficion á esas cosas.»

¿Conoces á aquel señorito que gasta su caudal en tiros y carruajes, que lo mismo baila una mazurca en un sarao con su pantalon *colan y su clac*, hoy en traje diplomático, mañana en polainas y con chambergo y al otro arrastrando sable, ó en breve chupetin, calzon y faja? Mil reales gasta al día, dos mil logra de renta; ni un solo libro tiene, ni lo compra, ni lo quiere. Pues publica tú algun folleto, alguna comedia..... Prevailido de ser quien es, tendrá el descaro de enviarte un gran lacayo aforrado en la magnífica librea, y te pedirá prestado para leerlo, á tí, autor, que de eso vives, un ejemplar que cuesta una peseta. Ni con eso se contenta; darálo á leer á todos sus amigos y conocidos, y por aquel ejemplar leerálo toda la córte, ni más ni ménos que ántes de descubrirse la imprenta, y gracias si no te pide más para regalar. Pregúntale «¿por qué no se suscribe á los periódicos? ¿Por qué no compra libros, ni fiados siquiera? ¿Qué quiere usted que haga? te replicará, ¿qué

«¿enjo de comprar? Aquí nadie sabe escribir; nada se escribe: todo eso es porquería.» Como si de coro supiera cuantos libros buenos corren impresos.

Por allá cruza un periodista .... Llámale, grítale: «¡D. Fulano! Ese periódico, hombre, mire usted que todos hablan de él de una manera.....—¿Qué quiere usted? te interrumpe; un redactor ó dos tengo buenos, que no es del caso nombrar á usted ahora, pero los pago poco, y así no es extraño que no hagan todo lo que saben: á otro le doy casa, otro me escribe por la comida.....— ¡Hombre! ¡Calle usted!—Sí, señor; oiga usted, y me dará la razón. En otro tiempo convoqué cuatro sabios, díles buenos sueldos; redactaban un periódico lleno de ciencia y de utilidad, el cual no pudo sostenerse medio año; ni un cristiano se suscribió; nadie lo leía; puedo decir que fué un secreto que todo el mundo me guardó. Pues ahora con eso que usted ve estoy mejor que quiero, y sin costarme tanto. Todavía le diría á usted más..... Pero..... Desengáñese usted; aquí no se lee.—Nada tengo que replicar, le contestaría yo, sino que hace usted lo que debe, y llévase el diablo las ciencias y la cultura.»

Lucidos quedamos, Andrés. ¡Pobres batuecos!

La mitad de las gentes no lee, porque

la otra mitad no escribe, y esta no escribe porque aquella no lee.

Y ya ves tú que por eso á los batuecos ni nos falta salud ni buen humor, prueba evidente de que entrambas ninguna falta nos hacen para ser felices. Aquí pensamos como cierta señora, que viendo llorar á una su parienta porque no podia mantener á su hijo en un colegio, «calla, tonta le decia: mi hijo no ha estado en ningun colegio, y á Dios gracias bien gordo se cria y bien robusto.»

Y para confirmacion de esto mismo, un diálogo quiero referirte que con cuatro batuecos de éstos tuve no há mucho, en que todos vinieron á contestarme en sustancia una misma cosa, concluyendo cada uno á su tono y como quiera.

Aprenda V. la lengua del país, les decia, coja V. la gramática.—La *parda* es la que yo necesito, me interrumpió el más desembarazado con aire zumbon y de chulo; fruta del país: lo mismo es decir las cosas de un modo que de otro.

Escriba V. la lengua con correccion.— ¡Monadas! ¿Qué mas dará escribir *vino* con *b* que con *v*? ¿ Si pasará por eso de ser vino?

Cultive V. el latin.— Yo no he de ser cura, ni tengo de decir misa.

El griego.— ¿Para qué, si nadie me lo ha de entender?



Dése V. á las matemáticas.— Ya sé sumar y restar, que es todo lo que puedo necesitar para ajustar mis cuentas.

Aprenda V. física. Le enseñará á conocer los fenómenos de la naturaleza. — ¿Quiere V. todavía más fenómenos que los que está uno viendo todos los dias?

Historia natural. La botánica le enseñará el conocimiento de las plantas. — ¿Tengo yo cara de herbolario? Las que son de comer, guisadas me las han de dar.

La zoología le enseñará á conocer los animales y sus..... — ¡Ay! Si viera V. cuántos animales conozco ya!

La mineralogía le enseñará el conocimiento de los metales, de los... — Mientrás no me enseñe dónde tengo de encontrar una mina, no hacemos nada.

Estudie V. la geografía. — Ande V., que si el dia de mañana tengo que hacer un viaje, dinero es lo que necesito, y no geografía; ya sabrá el postillon el camino, que esa es su obligacion, y dónde está el pueblo adonde voy.

Lenguas. — No estudio para intérprete: si voy al extranjero, en llevando dinero ya me entenderán, que es la lengua universal.

Humanidades, bellas letras.....—¿Letras? de cambio: todo lo demás es broma. — Si quiera un poco de retórica y poesía. — Sí,

sí, venga V. con coplas; ¡para retórica estoy yo! Y si por las comedias lo dice V., yo no las tengo de hacer: traduciditas del francés me las han de dar en el teatro.

La historia.—Demasiadas historias tengo yo en la cabeza.—Sabrá V. lo que han hecho los hombres .... — ¡Calle V. por Dios! ¿Quién le ha dicho á V. que cuentan las historias una sola palabra de verdad? ¡Es bueno que no sabe uno lo que pasa en casa!

Y por último concluyeron: mire V., dijo el uno, déjeme V. de quebraderos de cabeza; mayorazgo soy, y el saber es para los hombres que no tienen sobre qué caerse muertos. — Mire V., dijo otro mi tío es general, y ya tengo una charretera á los quince años; otra vendrá con el tiempo, y algo más, sin necesidad de quemarse las cejas; para llevar el chafarote al lado y lucir la casaca no se necesita mucha ciencia. — Mire V. dijo el tercero, en mi familia nadie ha estudiado, porque las gentes de la sangre azul no han de ser médicos ni abogados, ni han de trabajar como la canalla... Si me quiere V. decir que don *Fulano* se granjeó un grande empleo por su ciencia y su saber, ¡buen provecho! ¿quién será él cuando ha estudiado? Yo no quiero degradarme. — Mire V., concluyó el último, verdad es que yo no tengo grandes riquezas, pero tengo tal cual letra; ya he logrado me-

*ter la cabeza en rentas por empeños de mi madre; un amigo nunca me há de faltar, ni un empleillo de mala muerte; y para ser oficinista no es preciso ser ningun catedrático de Alcalá ni de Salamanca.*

Bendito sea Dios, Andrés, bendito sea Dios, que se ha servido con su alta misericordia aclararnos un poco las ideas en este particular. De estas poderosas razones trae su origen el no estudiar, del no estudiar nace el no saber, y del no saber es se cuele indispensable e-e hastío y ese tedio que á los libros tenemos, que tanto redundan en honra y provecho, y sobre todo en descanso de la patria.

¿Pues no da lástima, me decia otro batueco dias atrás, ver la confusion de papeles que se cruzan y se atropellan por todas partes en escs países cultos que se llaman? ¡Válgame Dios! ¡Qué flujo de hablar y qué caós de palabras, y qué plaga de papeles, y qué turbion de libros, que ni el entendimiento barrunta cómo hay plumas que los escriban, ni números que los cuenten, ni oficinas que los impriman, ni paciencia que los lea! ¿Y con aquello se han de mantener un sinnúmero de hombres, sin más oficio ni beneficio que el de literatos? Y dale con las ciencias y dale con las artes, y vuelta con los adelantos y torna con los descubrimientos. ¡Oh siglo gárrulo y len-

guaraz ¡Mire V. qué mina han descubierto!

¡Qué de ventajas, Andrés, llevamos en esto á los demas! Muérense miserables aquí los autores malos, y digo malos, porque buenos no los hay; y lo que es mejor, lo mismo se han muerto los buenos, cuando los ha habido, y volverán á morirse cuando los vuelva á haber; ni aquí se enriquecen los ingenios pobres con la lectura de los discretos ricos, ni tienen aquí más vanidad fundada que la que siempre traen en el estómago, pues por no hacerlos orgullosos nadie los alaba, ni los da qué comer. ¡Oh idea cristiana! Ni aquí prospera nadie con las letras, ni se cruzan los libros y periódicos en continua batalla; aquí las comedias buenas no se representan sino muy de tarde en tarde, sin otra razon que porque no las hay á menudo, y las malas ni se silban ni se pagan por miedo de que se llegen á hacer buenas todos los dias. Aquí somos tan bien criados, y tanto gustamos de ejercer la hospitalidad, que vaciamos el oro de nuestros bolsillos para los extranjeros. ¡Oh desinterés! Aquí se trata mal á los actores medianos, y *peor á los mejores* por no ensoberbecerlos. ¡Oh deseo de humildad! No se les da si quiera precio por no ahitarlos. ¡Oh caridad! Y á la par se exige de ellos que sean buenos. ¡Oh indulgencia! No es aquí, en fin, profesion el escribir, ni aficion el

leer; ambas cosas son pasatiempo de gente vaga y mal entretenida: que no puede ser hombre de provecho quien no es por lo ménos tonto y mayorazgo.

¡Oh tiempo y edad venturosal! No paseis nunca, ni tengan nunca las letras más amparo, ni se hagan jamás comedias, ni se impriman papeles, ni libros se publiquen, ni lea nadie, ni escriba desde que salga de la escuela.

Que si me dices, Andrés, que se escribe y se lee, por los muchos carteles que por todas partes ves, diréte que me saques tres libros buenos del país y del día, y de lo demás no hagas caso, que no es más ni mejor el agua de una cascada por mucho estruendo que meta, ni eso es otra cosa que el espantoso ruido de los famosos batanes del hidalgo manchego; despues de visto, un pocó de agua sucia; ni escribe, en fin, todavía quien sólo escribe palotes.

Así que, cuando la anterior proposición senté, no quise decir que lo se escribiese, sino que no se escriba bien, ni que no fuese el de emborronar papel el pecado del día, pecado que no quiera Dios perdonarle nunca, ni quiero yo negar la triste verdad de que no hay día que algun libro malo no se publique, antes lo confieso, y de ello y de ellos me pesa y tengo verdadero dolor, como si los compusiera yo. Pero todo eso

atarugamiento y prisa de libros reducido está, como sabemos, á un centon de novelitas fúnebres y melancólicas, y de ninguna manera arguye la existencia de una literatura nacional que no pueda suponerse siquiera donde la mayor parte de lo que se publica, si no el todo, es traducido, y no escribe el que sólo traduce, bien como no dibuja quien estaree y pasa el dibujo ajeno á otro papel al trasluz de un cristal. Lo cual es tan verdad, que no me dejaria mentir ni decir cosa en contrario todo ese enjambre de autorzuelos, á quienes pudiéramos aplicar los tercetos del Rey de Artieda:

« Como las gotas que en verano llueven,  
Con el calor del Sol, dando en el suelo,  
Se convierten en ranas, y se mueven:  
Con el calor del gran señor de Deo  
Se levantan del plomo poetillas  
Con tanta habilidad, que es un consuelo. »

Y más que me cuentes entre ellos, y por tanto me reconvengas, pues si me preguntas por qué me entremeto yo tambien en embadurnar papel, sin saber más que otros, te recordaré aquello de « donde quiera que fueres, haz lo que vieres. » Así, si fuese á país de cojos, pierna de palo me pondria; y ya que en país de autorcillos y traductores he nacido y vivo, autorcillo y traductor quiero y debo, y no puedo menos de ser,

pues ni es justo singularizarme y que me señalen con el dedo por las calles, ni depende además del libre albedrío de cada uno el no contagiarse de una epidemia general. Ni á nadie hagas cargos tampoco por lo de traductor, pues es forzoso que se eche muletas para ayudarse á andar quien nace sin piés, ó los trae trabados desde el nacer.

Y si me añades que no puede ser de ventaja alguna el ir atrasados con respecto á los demás, te diré que lo que no se conoce no se desea ni echa ménos: así suele el que va atrasado creer que va adelantado, que tal es orgullo de los hombres, que nos pone á todos una venda en los ojos para que no veamos ni sepamos por dón'le vamos, y te citaré á este propósito el caso de una buena vieja que en un pueblo, que no quiero nombrarte, ha de vivir todavía, la cual vieja era de estas muy leída de los lugares; estaba suscrita á la *Gaceta*, y la habia de leer siempre desde la Real órden hasta el último partido vacante, de seguido, y sin pasar nunca á otra sin haber primero dado fin del anterior. Y es el caso que vivia y leia la vieja (al uso del país) tan despacio y con tal sorna, que habiéndose ido atrasando en la lectura, se ha labado el año 29, que fué cuando yo la conocí, en las *Gacetas* del año 23, y nada más; hube de ir un día á visitarla, y preguntándole qué nuevas tenía al en-

trar en su cuarto, no pudo dejarme concluir; ántes arrojándose en mis brazos con el mayor alborozo y soltando la *Gaceta* que en la mano á la sazón tenía: « ¡Ay señor de mi alma, me gritaba con voz mal articulada y ahogaba en lágrimas y sollozos, hijos de su contento, ¡ay señor de mi alma! ¡Bendito sea Dios! que ya vienen los franceses, y que dentro de poco nos han de quitar esa pícarra Constitución, que no es más que un desórden y una anarquía!» Y saltaba de gozo, y dábase palmadas repetidas; esto en el año 29, que me dejó pasmado de ver cuán de ilusión vivimos en este mundo, y que tanto da ir atrasado como adelantado, que siempre que nada veamos ni queramos ver por delante de nosotros.

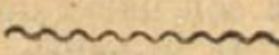
Más te dijera, Andrés, en el particular, si más voluntad tuviese yo de meterme en mayores honduras; empero sólo me limitaré á decirte, para concluir, que no sabemos lo que tenemos con nuestra feliz ignorancia, porque el vano deseo de saber induce á los hombres á la soberbia, que es uno de los siete pecados mortales, por el plano resbaladizo de nuestro amor propio; de este feo pecado nació, como sabes, en otros tiempos, la ruina de Babel, con el castigo de los hombres y la confusión de lenguas, y a caída asimismo de aquellos fieros titanes, gigantazos descomunales, que por igual so-

berbia escalaron tambien el cielo; sea esto dicho para confundir la historia sagrada con la profana, que es otra ventaja de que gozamos los ignorantes, de que todo lo hacemos igual.

De que podrás inferir, Andrés, cuán dañoso es el saber y qué verdad es todo cuanto arriba te llevo dicho acerca de las ventajas que en esta, como en otras cosas, á los demás hombres llevamos los batuecos, cuánto debe regocijarnos la proposicion cierta de que « En este país no se lee porque no se escribe, y no se escribe porque no se lee; » que quiere decir, en conclusion, que aquí ni se lee ni se escribe; y cuánto tenemos, por fin, que agradecer al cielo, que por tan raro y desusado camino nos guia á nuestro bien y eterno descanso, el cual deseo para todos los habitantes de este incultísimo país de las Batuecas, en que tuvimos la dicha de nacer, donde tenemos la gloria de vivir y en el cual tendremos la paciencia de morir. Adios, Andrés.

Tu amigo,

EL BACHILLER.



¡Qué país, Andrés el de las Batuecas!  
 ¡Cuánto no promete! ¿De mi amistad exiges que siga poniendo en tu noticia la que de este extraordinario suelo pueda alcanzar á tener? ¿Gustote mi primera epístola? Juro en buen hora por mi honor, y ya sabes que este juramento es en estos tiempos y en las Batuecas cosa seria y sagrada, juro por mi honor, digo, que no tengo de parar hasta que tanto sepas en la materia como yo.

De poco te asombras, querido amigo: nada es lo que he dicho en comparacion de lo que me queda que decir. Te dije que no se leia ni escribia. ¿Cuál será tu asombro y tu placer cuando te pruebe que tampoco se habla? ¿No puedes concebir que llege á tanto la moderacion de este inculto país? ¿Y por eso le llaman inculto? ¡Hombres injustos! Llamais á la prudencia miedo, á la moderacion apocamiento, á la humildad ignorancia. A toda virtud habeis dado el nombre de vicio.

¿Puede haber nada más hermoso ni más pacífico que un país en que no se habla?

Ciertamente que no, y por lo ménos nada puede haber más silencioso. Aquí nada se habla, nada se dice, nada se oye.

¿Y no se habla, me dirás, porque no hay quien oiga, ó no se oye porque no hay quien hable? Cuestion es esa que dejaremos para otro dia, si bien cuestiones andan en esos mundos decididas, acreditadas y creidas más paradógicas que ésta. Empero conténtate por ahora con saber que no se habla: costumbre antigua tan admitida en el país, que para ella sola tiene un refran que dice: «Al buen callar llaman Sancho;» y no necesito decirte la autoridad que tiene en las Batuecas un refran, y más un refran tan claro como éste.

Llégame á una ocurrencia.—Buenos dias D. Prudencio; ¿qué hay de nuevo?—Tsí, calle V., me dice con el dedo en los labios.—¿Que calle?—Así; y se vuelve á mirar en derredor.—Hombre, si yo no pienso decir nada malo.—No importa, calle V.—¿Ve V. aquel embozado que escucha?.....—Es un esp..... un sop...—¡Ah!—Que vive de eso.—¿Y se vive de eso en las Batuecas?—Ese es un hombre que vive de lo que otros hablan, y como ese hay muchos; así que todos estamos reducidos aquí á no hablar; mírenos V. oscuramente envueltos en nuestras capas, hablando por dentro del embozo, desconfiando de nuestros padres y

de nuestros hermanos..... Parece que hemos cometido todos ó vamos á cometer algun delito..... Imite V. nuestro ejemplo, que en ello le va más de lo que parece.

¿ Hay cosa más rara? ¡ Un hombre que vive de lo que otros hablan ! ¿ Y dicen que los batuecos no son industriosos para vivir ? . . . . .

Va á edificarse un monumento que podrá dar gloria á las B tuecas; el plan es colosal, la idea magnífica, la ejecucion asombrosa; pero hay un defecto, un defecto tambien colosal: me apresuro: yo le haré conocer, yo le haré desaparecer. — Señor D. Timoteo, traigo un artículo para V.: insértemelo V. en su miscelánea.—¡ Ah! ¿ Esto? Es imposible. ¡ Imposible ! Y me añade al oido:—Usted no sabe que el sujeto que ha propuesto el se llama D. Y. Z. — Bien pudiera llamarse a í ese sujeto y corregirse el defecto. — Pero ese pariente del señor..... — ¿ Y no pudiera seguir siendo su pariente despues de desaparecer el defecto?—Cierto; no me entien- V.; es mal enemigo, y no me atrevo á insertarlo.

¡ Oh inagotable capítulo de las consideraciones! Por todos lados adonde nos volvamos para marchar, encontramos con la pared. Qué de elogios no merece esta noble mo-

deracion, este respeto á las personas que pueden entre los batuecos !

Encuéntrome con un escritor público. — Señor Bachiller, ¿ qué le parecen á V. mis escritos ? — Hombre, me parece que no hay nada que pedirles, porque nada tienen. — ¡ Siempre ha de decir V. cosas !..... — ¡ Y usted nunca ha de decir cosas ! ¿ Por qué no fulmina V. el anatema de la crítica contra ciertas obras que nos inundan ? — ¡ Ay, amigo ! Los autores han descubierto el gran secreto para que no les critiquen sus obras. Znrren un libro. ¿ Son vaciedades ? No importa. ¿ Para qué son las dedicatorias ? Buscan un nombre ilustre, encabezan con él su mamotreto, dicen que se lo dedican, aunque nadie sepa lo que quiere decir eso de dedicar un libro que uno hace á otro que nada tiene de comun con el tal libro, y con ese talisman caminan seguros de ofensas ajenas. Ampáranse como los niños en las faldas de mamá para que papá no les pegue. — ¿ Por qué no pinta V. el desórden de nuestras costumbres y de nuestras ?..... — ¡ Ah ! ¿ no conoce V. el país ? ¿ Yo satírico ? ¡ Si tuviera el vulgo la torpeza de entender las cosas como se dicen ! Pero es tanta la penetracion de estos batuecos, que adivinan el original del retrato que V. no ha hecho. Dice V. que es ridículo el ser un calzonazos; y que es un pobre hombre todo

Juan Lanas, y sale un importante de estos que, á costa de tener reputacion, se conforman con tenerla mala, y exclama á voces: ¡Señores! ¿Saben ustedes quién es ese Juan Lanas de quien habla el satírico? Ese Juan Lanas soy yo: porque para eso de entender alusiones no hay hombres como los batuecos.—Hombre, ¿qué ha de ser usted? Si el autor no le conoce siquiera..... —No importa; apuesto mi cabeza á que soy yo; y os pone un cartel de desafío, y no hay sino dejaros matar, porque el es un necio.— ¿Quién es aquella *sultana del Oriente*? le dicen á V.—Cualquiera que se halle en ese caso, responde V. ¡Picarillo! le responden; sí, á mí con esas..... Esa es la X\*\*\*.— Como sino hubiera más que una en Madrid.— Agregue V. á esto que la naturaleza reparte sus dones con economía, y dando fuerzas á aquel á quien negó el talento, corre el satírico gran riesgo en las Batuecas de que su cabeza se encuentre en el mismo camino de un garrote, encuentro siempre que puede traer peores consecuencias para la primera que para el segundo. — Bien, pues no sea V. satírico: sea V. justo no más. Cuando representan pésimamente una comedia, cuando cantan rabiando una opera, cuando es la decoracion mezquina, ¿por qué no levanta su voz? — Con gente del teatro nunca se las haya V. Cervantes lo

dijo. Nunca les falta algun campeón que defenderá su pleito, campeón formidable. Además, es ese un teclado en que no se ve más que el exterior: nunca se sabe quién le toca: detras del retablo y de esas figuritas de pasta de Gaiferos y los moros, debajo del parche de maese Pedro está Ginesillo de Pasamonte que los mueve: ¡ay! no tome V. la defensa de la infeliz Melisendra, no desbarate las figuras, que si la mona se escapa al tejado, si rompe la ilusion, si destroza las muñecas, las pagará caras. *Esta es, en fin, materia sagrada, y nadie las mueva, que estar no pueda con Roldan á prueba.* — Pero señor, nunca se ha ahorcado á nadie por decir que Fulano es mal cómico. — Lo que se ha hecho, señor Bachiller, y lo que se hará, mejor se está callado. — Se reclama, se apela.....— Señor Munguía, quiero contarle á V. un cuentecillo, y es caso ocurrido no há muchos meses en un lugarcito de las Batuecas.

Corriáanse un dia de novillos, y contra la costumbre establecida en esos pueblos de salir enmaromado el animal, bien como debian andar por el mundo muchos animales de asta que yo conozco para que no hicieran daño, hubieron de determinarse á dejarle suelto por las calles. Capeábanle los mozos alegremente, y fué el caso que uno de ellos, más valenton que sus compatriotas,

en vez de sortear al novillo, se dejó sortear por él; notable equivocacion: enganchóle el asta retorcida de la faja que en la cintura traía, y aun no se sabe cuáles hubieran sido las vicisitudes del jaque á no haber acudido en su auxilio dos primos suyos, movidos de aquel impulso natural que todos tenemos de amparar á los que andan enredados con animales cornudos. Soltáronle en efecto. Pero como quiera que los novillos no valgan nada cuando no hacen alguna de las suyas, amotinóse en la plaza la parcialidad contraria á nuestro jaque, clamando que para eso no se sacaba el novillo, y el que no supiese torear la pagase, y que habia sido una mala partida meterse entre dos que riñen á su salvo: que aquello de ayudar al capeador habia sido una alevosía contra el toro; y aun es fama que algunos de los más leídos, que debia ser sobrino del cura, trató aquello de traicion semejante á la de Beltran Claquin, como se llama nuestro Mariana, cuando, volviendo lo de abajo arriba, dijo en Montiel: *ni quito ni pongo rey*. Como quiera que fuese, creció la zambra, enronqueciéronse las voces, alzáronse los palos, y no se sabe en qué hubiera parado aquella nueva discordia de Agramante, á no haberse aparecido en medio de la confusion la divina Astrea, disfrazada en figura de alcalde, que el mismo diablo no la conociera, con

medio pino en la mano en vez de balanza, y sin venda, porque es sabido que el que no ve con los ojos abiertos excusa tapárselos para no ver; y á su decision prometieron resignarse todos. Alegaron las partes, escuchólas á entrambas aquel rustico Lain Calvo, que fué milagro que se cansó en oirlas para sentenciar ( aunque hay quien asegura que se durmió miéntras hablaron ), y dijo en conclusion alzando la voz estentórea:—*Señores, por la vara que tengo en la mano, y tenia el tal medio pino que llevamos referido, juro á bríos que me he enterado, aunque me este mal el decirlo: y condeno á los dos primos á una multa para mis urgencias, es decir, para las urgencias de la justicia, que soy yo, por haber quitado la accion al animal; y declaro que en lo sucesivo nadie sea osado á ayudar en funcion de esta clase á ningun mozo, por lo ménos hasta despues de la primera embestida, porque el primer golpe es de derecho del toro, y nadie se le puede quitar. Y Dios sea con todos.* Con cuya decision debió quedar el pueblo sosegado y usted convencido. ¿Me ha entendido V., señor Bachiller? Pregúntolo, porque si no me ha entendido ahora, excuso hacer más preguntas, que ya nunca me entenderá.

Así, pues, líbrese de la primera embestida, y no lo deje para la segunda; y desengáñese, que en las Batuecas si nos quita el

adular, nos quita el vivir; es preciso contentarse con decir en todo papel impr so que la comedia estuvo de lo lindo; que todos los actores, incluso los que no la representaron, se sobrepujaron á sí mismos, que es frase que quiere decir mucho, aunque no hay un cristiano que la entienda; que la decoracion fué cosa exquisita; que el público anduvo acertado en aplaudirla; que la invencion última es el sumum del saber humano; que el edificio y que la fuente, y que el monumento son otras tantas maravillas; que aquella otra está planteada sobre las bases más sólidas y los auspicios más felices; que la paz y la gloria, y la dicha y el contento llegaron á su colmo; que el cólera no viene á las Batuecas porque describe triángulos acutángulos, y es cosa averiguada que todo el que describe esta figura al andar no puede pasar de cierto punto; entreverar un articulejo de volapiés, que esto á nadie ofende sino el toro; ingerir tal cual exámen analítico de la obra ú tima entre si diré, si no diré lo que hay en la materia, tal cual ana-creóntica, donde se le digan á Filis cuatro frioleras de gusto, con su poco de acertijo, y algun sonetuelo de circunstancias, que es cosa que sabe como cada fruta en su tiempo, y en las demás materias ¡chiton! que las noticias no son para dadas, la política no es planta del país, la opinion es sólo

del tonto que la tiene, y la verdad estése en su punto. Además de que la lengua se nos ha dado para callar, bien así como se nos dió el libre albedío para hacer sólo el gusto de los demás, los ojos para ver sólo lo que nos quieran enseñar, los oídos para sólo oír lo que nos quieran decir, y los piés para caminar adonde nos lleven.

Y á alguno conozco yo, señor Bachiller, que argüía á uno de estos que pregonan la felicidad presente; y arguyéndole con ejemplos bien palpables, le repetía á cada punto ¿ con que estamos bien? A lo que le fué respondido como respondió Bossuet al jorobado: *Para batuecos, amigo mio, no podemos estar mejor.*

Así ves, Andres mió, á los batuecos, á quienes una larga costumbre de callar ha entorpecido de lengua, no acertar á darse mutuamente los buenos días, tener miedo pazguatos y apocados á su propia sombra cuando se la encuentran á su lado en una pared, y guardándose consideraciones á sí mismos por no hacerse enemigos, sucediéndoles precisamente que se mueren de miedo de morirse, y que es la especie de muerte más miserable de que puede hombre morir. Bien como le sucedió á un enfermo á quien un médico brusista habia mandado no comer si queria evitar la muerte, que comiendo, segun decia, le amenazaba; el cual á poco

tiempo de este régimen dietético se murió hambre.

Por lo demás, querido Andrés, te confieso que trae muchas ventajas el no hablar, y no quiero citarte para convencerte, entre otros ejemplos, sino el pícaro resultado y la larga cola, que más bien parece maza que cola, que nos han traído aquellas palabras que se hablaron en los principios del mundo, esto es, las que dijo Eva la serpiente acerca del asunto de la manzana: trance primero en que empezó ya á hacer la lengua de las suyas, y á dar á conocer para qué habia de servir en el mundo. Sin lengua, ¿qué sería, Andrés, de los chismosos, canalla tan perjudicial en cualquiera república bien ordenada? ¿Qué de los abogados? Ni existiera sin lengua la mentira, ni hubiera sido precisa la invencion de la mordaza, ni entrara nunca el pecado por los oídos, ni hubiera murmuradores ni bachilleres, que son el gusano y polilla de todo buen órden. Con lo cual creo haberte convencido de otra ventaja que llevan los batuccos á los demás hombres, y de qué cosa sea tan especial el miedo, ó llámese la prudencia, que á tal silencio los reduce. Te diré más todavía: en mi opinion no habrán llegado al colmo de su felicidad miéntras no dejen de hablar eso mismo poco que hablan, aunque no es gran cosa, y semeja sólo el suave é

interrumpido murmullo del viento cuando silba por entre las ramas de los cipreses de un vasto cementerio; entonces gozarán de la paz del sepulcro, que es la paz de las paces. Y para que veas que no es sólo Dios el que desaprueba el hablar demasiado, como arriba llevo apuntado, te traeré otra autoridad recordándote al famoso filósofo griego (y no me hagas gestos al oír esto de filósofo), que enseñaba á sus discípulos por espacio de cinco años á callar ántes de enseñarles ninguna otra cosa, que fué idea peregrina, y sería aquella cátedra lo que habria que oír, de donde concluyo, porque me canso, que cada batueco es un Platon, y no me parece que lo ha encarecido poco tu amigo,

EL BACHILLER.

P. D. Se me olvidaba decirte que á mi última salida de las Batuecas se susurraba que hablaban ya. ¡Pobres batuecos! ¡Y ellos mismos se lo creían!

---

# CARTAS DE ANDRÉS NIPORESAS

## AL BACHILLER

### I.<sup>a</sup>

Mi querido bachiller: todas tus cartas he recibido, y no he contestado á ninguna, merced á esta pereza del país que nos tiene á todos poco ménos que dormidos; pero como quiera que me preguntes várias cosas que te pueden ser de alguna satisfaccion saber, iréte contestando por parte, ó como pueda, que ya sabes que en punto á coordinar mis ideas no soy fuerte, y en punto á expresarlas soy flojo. En cambio de las buenas prendas lógicas y oratorias que me faltan, encontrarás en mí una buena fé, á prueba del siglo XIX, más que mediana inocencia, sana intencion, y lo que vale más que todo, un respeto, que te ha de asombrar, á todas las cosas, y un miedo, que habrás de

conocer por muy saludable, á todas las personas.

Pongo párrafo aparte para elogiarte mi desconfianza, porque lo mercede: ésta es tal, que desde pequeñito dieron en llamarme por apodo *Niporesas*: apodo que pasó á ser apellido, así como hay apellidos que pasan á ser apodos. Todo el mal de mi desconfianza está en vivir yo más de lo pasado que en en lo presente: es el caso que he sido tonto, le cual no es poca fortuna, porque hay otros que lo son todavía, y muchísimos que lo serán has taque se mueran; he sido tonto, es decir, que me han engañado muchas veces: de aquí procede que en el dia estoy reducido á no creer más que en Dios, porque en cuanto á creer en los hombres me voy con muchísimo tiento. Dejemos esto aquí, porque la materia es resbaladiza; y no quisiera que dieran tormento á lo que escribo.

Mucho me agrada cuanto me dices acerca de las Batuecas; son efectivamente muchas las ventajas que llevan á otros países, como dices muy bien en tus números, no sé cuántos, que esto es material: al fin es mi país, y tengo en eso fundada mi vanidad, aunque no hay un motivo. Convengo sobre todo contigo (núm. 6.º) en que á los batuecos no les falta mas que hablar, que es precisamente lo mismo que suele decir un ami-

go mio de cierto sujeto que tú conoces, que es tonto y feo, y además pícaro, y un si es no es tartamudo.

Me parece con todo eso que este país promete: no há mucho tiempo que hubiera creído, si yo hubiera sido capaz de creer, como llevo dicho, que á la vuelta de un par de siglos ya no habria batuecos sobre la superficie de la tierra: en este supuesto pudieras haber arrojado por la ventana tu recado de escribir, porque hubiera llegado el caso de que tus desmedidas alabanzas hubieran venido á ser inoportunas; pero como acaso las volvamos presto á merecer, porque eso está en la posibilidad de las vicisitudes humanas, y todo se puede esperar de nuestro buen natural, te aconsejo que no borres todavía las Batuecas de tu mapa.

Te doy la enhorabuena porque ya te han abierto las universidades, quiero decir que dejarás de ser autor para volver á tus estudios.

Al fin te va en el'o lo que va de ser tonto á no serlo, y lo que va de bachiller á licenciado ó doctor, porque supongo que te graduarás in mediatemente, cesando de escribir folleticos que no valen lo que pesan, y que te pueden pesar más de lo que te valen.

Me preguntas del estado de mi familia:

voy á informarte como pueda de la suerte de cada uno.

Antoñito está de enhorabuena: le concedieron la gracia de capitán con sueldo y todo, por los méritos de su padre, que hace ya cuatro años que está sirviendo á S. M. con cuarenta mil reales: con estos méritos le han hecho esta gracia al niño. Me alegrara que le vieras tan mono como está con sus dos charreteritas y su espadita, que parece un juguete. ¿Qué quieres? ¡En esa edad! ¡Ocho años! Nos llena la casa de pajaritas de papel; dice que son los enemigos, les corta la cabeza, y es una risa todo el día con él. Ya puede un criado no servirle pronto; le da un palo, lo cual nos hace mucha gracia á todos, y nunca se le olvida decirle que tiene qué se yo cuántos miles de reales de sueldo. Su madre se le come á besos. Es de advertir que el señor capitán está ya en medianos, y muy adelantado en la gramática, de donde inferimos tolos que ha de ser un gran militar.

También está Miguel de enhorabuena, porque le han hecho nada ménos que teniente: verdad es que llevaba cuarenta y dos años de servicio, con haberse hallado en todos los encuentros de importancia que ha habido en ese tiempo, haber estado dos veces prisionero, y tener diez y siete heridas, y un ojo de ménos. ¿Pero qué es eso

comparado con una tenencia? Ello es que le han premiado ya, y que está que brinca de gozo. Él pretende pasar al regimiento donde es capitán Antoñito, todo por el placer de estar juntos. ¡Como son parientes! Y como le quiere tanto, suele decir que aunque teniente, de buena gana le enseñaría á ser capitán. No se puede negar que tiene Miguel un alma excelente. Como el otro es un chico, no hay duda en que podría aprovechar algunas leccioncillas de su tío.

A Juanito le hicieron jóven de lenguas: con este motivo ha tomado maestro de frances, y áun dice que le tomará de inglés, porque, eso sí, aunque ya está colocado, es muy racional y no se desdeña de aprender: dice que no parece bien en un jóven de lenguas no saber ninguna; en lo cual tiene alguna razón, y manifiesta ser muy despejado. Su fortuna le ha valido, porque se susurra que pretendían la plaza seis muchachos de mucho provecho, pero como dicen, no tenían nombre. Amigo, que se la busquen de otra manera, que no todos han de ser jóvenes de lenguas.

Frasco, á quien conoces, ha tenido más desgracia. Solicitó una plaza de vista de no sé dónde: entregó el memorial tal como á las cuatro y cuarto, porque supo que á las cuatro estaban agonizando al que la tenía,

y aunque en rigor todavía no habia muerto, debia de morir de allí á poco. Pero le dijeron que llegaba tarde, porque ya estaba dada. ¡*Qué prontitu! de demonios!* En vano alegó sus grandes conocimientos en la materia y la exactitud que tiene acreditada. La plaza de vista se la dieron á un buen señor, ciego por más señas, ó poco ménos: dicen que se habian compadecido de él porque se veia arruinado de resultas de una trabacuenta. ¡Cierto que ha sido una caridad! ¡Pobrecillo!

Jorge volvió, como que le cogió la amnistía de medio á medio; pero está rabiando: que queria que le hubiesen vuelto el destino que tenía hace diez años, es decir, cuando chiquito..... Mira tú quién se acuerda ya ahora de..... Es el caso que lo tiene otro.

Julianita hizo una muy buena boda: casó con un jóven muy despejado y rico. Por supuesto que tuvo habilidad para ocultarle que habia tenido un hijo de aquel otro querido que la obsequió cuatro años (hijo que tiene ocultamente en un colegio). El tal jóven tiene una índole excelente, y se hace querer de toda la familia; está loco con su boda. Dias pasados decia que se atrevia á poner las manos en la lumbré por la virtud de su mujer; mira tú si es atrevido. A propósito añadia que en su vida se hubiera ca-

sado con una viuda, porque él *h. a f. a* buscado siempre una mujer nueva *h. a f. a* enseñarla á sentir, y se daba la ent *h. a f. a* pouena de haberlo conseguido.

Me preguntas si he pretendido yo tambien alguna cosa; voy á responderte. Yo no pretendo ningun empleo, porque sé que no me le han de dar, aunque batueco. Ya me lo han ofrecido muchos, pero nunca ha cuajado. Ello sí, dicen que soy muy despejado, que cuente con ello, que espere un poco... . Ahora no es el momento oportuno ni antes lo ha sido nunca; unas veces he llegado demasiado tarde y otras demasiado temprano. Mira tú si soy torpe; no parece sino que estudio con el mismo Barrabás. Sin embargo, tengo muchos protectores, y como soy útil para algunas cosas, y me lo aseguran tantas veces, podrá ser que llegue el caso de creer algun dia que me han de dar algo. Más te diré. A veces cuando oigo á alguno me lo llevo á creer, como que me tengo de salvar, ayudándome Dios, que es sobre todo, y la penitencia y buena vida que tengo pensado hacer. Ya ves que en esta parte casi infrinjo el sistema de mi desconfianza.

Por lo demás no pretendo; pero no dejo de conocer que no hay cosa como tener oficina y sueldo, que corre siempre ni más ni ménos que un rio. Se pone uno malo, ó

no se pone; no va á la oficina, y corre al paga; lee uno allí de balde y al brasero la *Gaceta* y el *Correo*, y un cigarrillo tras otro se llega la hora de salir poco despues de entrar. Si hay en casa un chico de ocho años se le hace meter la cabeza, aunque no quiera ni sepa todavía la doctrina cristiana, y hételo meritorio. ¿No sirve uno para el caso, ó tiene un enemigo y le quitan de en medio? Siempre queda un sueldecillo decente, si no por lo que trabaja ahora, por lo que ha dejado de trabajar ántes. Aunque estas razones, capaces de mover un carro, no me tuviesen harto aficionado de los destinos, sólo el ser del país me haria gustar de esas gangas tan naturalmente como gusta el pez de vivir en el agua. Eso de estudiar para otras carreras, ni está en nuestra naturaleza ni lo consiente nuestro buen entendimiento, que no há menester de semejantes ayudas para saber de todo.

Otras ventajillas de los empleos se pudieran citar; hay unos, por ejemplo, en que se manejan intereses y hay sobrantes..... Da uno cuentas, ó no las da, ó las da á su modo. No que á mí esto me parezca mal, no, señor. A quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Algunos te dicen á eso que no tiene gracia que á cada mano por donde pasan aquellos rios se le pegue siempre algo. A eso pregunto yo si es posible que lle-

que el caso de que no se le pegue nunca á nadie. Ello es que hay cosas de suyo pegajosas, y si te arrimas mucho á un pellejo de miel, por fuerza te has de untar, sin que esto sea en ninguna manera culpa tuya, sino de la miel que de suyo unta. •

Otros empleillos hay, como el que tenía un amigo de mi padre: contaba este tal veinte mil reales de sueldo, y cuarenta mil más que calculaba él de manos puercas; pero tambien recaía en un señor excelente, que lo sabía emplear. El año que ménos, podia decir por Navidades que habia venido á dar, al cabo de los doce meses, sobre unos quinientos reales en várias partidas de á medio duro y tal, á doncellas desacomodadas y otras pobres gentes por ese estilo, porque, eso sí, era muy caritativo, y daba limosnas..... ¡Ui! De esta manera. ¿qué importa que haya algo de manos puercas? Se da á Dios lo que se quita á los hombres, si es que es quitar aprovecharse de aquellos gajecillos inocentes que se vienen ellos solos rodados. Si saliera uno á saltarlo á un camino á los pasajeros, vaya, pero cuando se trata de cogerlo en la misma oficina, con toda la comodidad del mundo, y sin el menor percance..... Supongo; v. gr., que tienes un negociado, y que del negociado sale un negocio; que sirves á un amigo por el gusto de servirle no más; esto

me parece muy puesto en razon; cualquiera haria otro tanto. Este amigo, que debe su fortuna á un triste informe tuyo, es muy regular, si es agradecido, que te deslice en la mano la finecilla de unas oncejas... No, sino ándate en escrúpulos y no las tomes; otro las tomará, y lo peor de todo, se picará el amigo, y con razon. Luego si él es el dueño de su dinero, ¿por qué ha de mirar nadie con malos ojos que se lo dé á quien le viniere á las mientes, ó lo tire por la ventana? Sobre que el agradecimiento es una gran virtud, y que es una grandísima grosería desairar á un hombre de bien, que..... Vamos..... bueno estaria el mundo si desapareciesen de él las virtudes, si lo hubiera empleados serviciales ni corazones agradecidos.

Lo mismo digo acerca de que te va á pedir un favor una señora, acaso bien parecida, ó con alguna hija que lo es. ¿Cómo te niegas á oír á una señora que va con su hija? Era preciso tener entrañas de tigre. Yo te aseguro que éste sería para mí uno de los puntos en que nunca se quedaria rezagada mi galantería. ¡Jesús! ¡Una señora!

Agrega á esto que para ser oficinista, con saber darse tono, con hacer esperar á los hombres y á las feas en la sala de audiencia, diciendo el portero que el señor oficial está sumamente ocupado, con no co-

nocer á nadie al entrar y al salir, con ahuecar la voz, estirarse el corbatin y perder el expediente, ya está más que aprendido el oficio. No es decir esto que no los haya por otro estilo; pero ya tendria yo la curiosidad de ver algunos.

Luégo, hay hombres que no sirven para otra cosa entre nosotros, y son los más. —¿Qué ha de ser usted sino empleado? me decia dias pasados un ultra-batueco. ¿Querrá usted que en estas Batuecas, unas gentes acostumbradas á su oficina, y sus once, y su *Gaceta*, y su cigarro, vayan á enfrascarse en la cabeza media docena de ciencias y artes útiles, como las llaman, para vivir de otra manera que han vivido hasta ahora, sin el descanso de la mesada, ni los gajes de manos puercas? Bien sabe Dios que eso es tontería, porque yo y los que á mí se me parecen, que no son pocos, tenemos las cabezas, mejores que para ciencias y artes, para moldes de pelucas, y lo digo con vanidad. A buen seguro que mi padre y áun mi abuelo nunca supieron lo que era un libro; era todo lo más si sabian firmar, y el uno murió de ochenta y cinco años, y el otro de noventa; ni conocieron nunca lo que era dolerles una uña; y no le parezca á usted que eran unos pelagatos, porque fueron empleados toda su vida, tanto que se puede decir que les salieron los

dientes en la oficina, y cuando murieron el uno tenía una venera y el otro tenía dos.—

Y tenía razon el batueco. Ya ves tú, pues, que si no pretendo no es porque desconozca yo lo que lleva consigo un empleo. Yo no le encuentro á esta carrera más inconveniente que uno, y es que hay pocos empleos; si no ya tendria yo el mio; esta es nuestra desgracia, porque como las revoluciones, conforme han dado en hacerlas en el dia, no son sino cuestiones de nombre, todo el toque está en estos altos y bajos, en saber cuáles de unos ó de otros han de ser dueños del cotarro. Ello no hay sino diez empleos (que es el mal que nos aflige) y veinte pretendientes. Yo considero que todo estaba arreglado con que hubiera veinte empleos y diez pretendientes; ni yo sé cómo no han dado en esto, siendo una verdad que salta á los ojos.

Asómbrate, sin embargo: como hay hombres para todo, un batueco de estos que á ratos no lo parecen, me decia ayer, hablando de esto: «Los batuecos que quieren bien á su patria han de empezar por apartar el pensamiento de los empleos y quemar todos los memoriales hechos y por hacer: si el Gobierno necesita hombres, hombres buscará, pues ya sabe dónde están y bien conocidos son; al que no le busquen, que no se haga buscar él, sino que hingue el codo

y se aplique. Si hay un país en que pueda un hombre hacerse un bienestar por cualquier ramo de artes ó ciencias, es éste, donde hay de ellas tanta escasez. Pero si esperan á llamar buen gobierno á aquel que á cada vecino le dé veinte y cuatro mil reales de renta por su manifiesta adhesion, nunca le habrá para las Batuecas, porque el que más y el que ménos somos adictos, y muy adictos, á tomar la paga el último dia del mes, y aunque sea el primero del siguiente. Agregue usted á esto que el seguir en el carril de hasta ahora es desnudar á un santo para vestir á otro, y santo por santo, voto á bríos, que bien se está quien se está vestido. Sí, señor don Andrés; aquí no tendremos un principio de esperanza sino cuando conozcan todos la necesidad de no sacar más sangre de este cuerpo, ya desangrado; cuando tengan mis compatriotas ideas moderadas, un plan uniforme, una marcha prudente, ménos egoismo, ménos miedo, ménos partidos y colores, ménos pereza y holgazanería; cuando el cielo nos envíe luz para ver y aplicacion para trabajar; cuando tengamos, en fin, el verdadero deseo de ser felices, que mucho lleva adelantado para serlo quien de veras lo desea, porque el cielo es tan bueno que querrá probablemente todo lo que nosotros de verqueramos. »

Mira tú, mi Bachiller, por dónde se apeó el batueco. ¡Vaya que hay hombres locos! ¡Luz para ver! Mejor nos estamos á oscuras; de esta manera Dios sabe lo que uno puede topar á tientas; vez hay que se anda uno á buscar tal cosa, y se encuentra debajo de la mano tal otra que no habia visto. Lo más que puede suceder es que hagamos, jugando á buscar el bien, lo que hace el que juega á dar con la piñata, que suele dejársela á las espaldas, y atinar con un palo á los concurrentes, que esto ya se ha visto.

Yo, como sé que todas esas quimeras que á uno le cuentan son bobadas, porque me llamo Niporesas, y conozco mi patria y mis batuecos como mi casa y mis hijos, á mis empleos me atengo; la semilla ha de caer en buena tierra, y si no, no echarla.

Y con esto concluyo mi carta, que las cartas no han de ser tan largas como nuestro remedio, ni tan cortas como nuestros alcances.

Te he contestado cumplidamente á la tuya. Te he dado noticias de mi familia y de mi persona, y áun de mis opiniones; ahora ruega tú á Dios que los que me protegen me den pronto un empleillo de esos de manos puercas, para dar en tierra con mi desconfianza, porque de no, me habré de meter á descontento, y es mal oficio. Si,

por el contrario, me lo dan, le serviré como cada batueco, ó me servirá él á mí por mejor decir; entónces sí que diré que vivimos en la prosperidad, como algunos quieren que lo crea por pruebas que no son pruebas. Tu amigo,

ANDRÉS NIPORESAS

---

2.<sup>a</sup>

Querido Bachiller: Imagina tú si me será sensible el estado de tu salud y ese malhadado frenillo que te embarga la lengua y te obliga á hablar tan de tarde en tarde; echa mano de la sopa en vino, y si ésta no basta á dar tono á tu decaida máquina, avísame con tiempo para encomendarte á Dios y rogarle que te haga arrepentir en vida de tus muchos y corpulentos pecados, pues te veo ya con un pié en la sepultura, y me doy á entender que si te alcanza la muerte ántes de arrepentirte, no ha de haber luégo remedio humano ni divino para tí, ni te han

de alcanzar oraciones de ningun cristiano. Mira estas cosas muy despacio, y considera sobre todo que hay infierno. De esta verdad, si la fé no te respondiera, te responderia yo, que llevo este punto de creencia á tal extremo, que estoy para mí que no sólo le hay en la otra vida, sino en esta tambien debe haberle para más de uno, segun vehementes indicios que de ello tengo.

Es tanta la batahola de preguntas y confusion de encargos que en tu última carta reservada, y no vista del público, me diriges y encomiendas, que no sé si bastaré yo para dar completa satisfaccion á todas tus necesidades. Conténtate, pues, con lo que buenamente te pueda ir diciendo.....

Pasemos á tus largas preguntas y á tus interminables encargos.

Con respecto á la *Historia de España* que me pides, como me dices que ha de ser buena, no te la puedo enviar, porque no la he encontrado.

Me encargas que envié á tu sobrinito á las cátedras públicas de historia y geografia que supones temerariamente que debe de haber en una córte como ésta; me añades que ya que tiene la fortuna de estar en el primer pueb'o de la nacion, que aproveche esta feliz circunstancia para ilustrarse. Te ruego encarecidamente que ántes de hacerme estos encargos procures no ser tan lige-

ro en tus juicios, porque aquí no hay semejantes cátedras; lo que hay es una Academia de la Historia, y un despacho de mapas en la calle del Príncipe. Puede ser que sean estas las noticias que tengas, y como eres tan torpe, todo lo hayas confundido.

Soy de opinion que no aprenda taquigrafía, en atencion á que aquí no hay palabra que seguir.

Lo que sí debe aprender es el arte de tener siempre razon, es decir, la esgrima, por que andan muy en bega los desafíos de algun tiempo. á esta parte; de suerte que ya en el dia es una vergüenza no haber estropeado á algun amigo en el campo del honor. Otra cosa no ménos importante. Es de primera necesidad que se vista de majo y eche un cuarto á espadas en cualquier funcioncilla de toros extraordinaria que entre señoritos aficionados se celebre, que sí se celebrará; con estas dos cosas será una columna de la patria, y un modelo del buen tono, segun los usos del dia. Y aun si pudiera ser tener pantalon *colan* y sombrero *clac*; si pudiera ser además que pasase la mañana haciendo visitas y dejando cartoncitos de puerta en puerta, la tarde haciendo ganas de comer y atropellando amigos en un caballo cuelli-largo y sin rabo, condicion *sine quâ non*, la prima noche silbando alguna comedia buena, y

la madrugada de *raout* en *raout*, perdiendo al ecarté su dinerillo y el de sus acreedores, sería doblemente considerado de las gentes del gran mundo, y atendido de las personas sensatas del siglo.....

Alguna obra de la biblioteca de las que me indicas está en lo reservado, y así te devuelvo tu encargo.....

Tampoco he encontrado una colección de trajes españoles de todas las épocas, porque no la hay. Me han preguntado si estás tú seguro de que anduviesen vestidos nuestros antepasados.

No se ha encontrado quien compusiera tu reloj; sabe más que tú y que todos nosotros; por más que ha querido el relojero gobernarlo, él no se ha dejado gobernar.

La laminita que quieres, no he hallado en Madrid quien la haga; dicen que es preciso hacerla sobre acero, y para obtener buen resultado me han asegurado que debes encargarla á París.

No he dado á encuadernar el libro consabido, porque como lo quieres lujoso y preciosamente encuadernado, y aquí no hay más que uno que lo sepa hacer, está muy atareado, sobre llevar muy caro, y así es cosa larga.

Si te corre prisa lo enviaré á Londres.

No he podido confiar tus comisiones á Domingo, ni á Pedro, ni á la Nicolasa: hanse sucedido á todos desgracias impen-sadas.....

Ya te puedes poner en camino, porque en esta semana pasada no ha habido más que dos robos de diligencias.....

Pero si vienes á pretender no vengas, que por ahora no tengo empeños que pres-tarte, y para traerte sólo contigo tus mé-ritos, te puedes quedar con ellos por allá, que aquí nadie los ha menester.....

Vengas ó no vengas, lo que debes hacer es callar; supuesto que el mundo ha de ir siempre como va, haz lo que todos, y de lo que sabes saca partido, si es que no quieres olvidarlo, lo cual sería más segu-ro. Cuando las cosas no tienen remedio la habilidad consiste en convertirlas como son en provecho de uno. Déjate, pues, ya de habladurías, que te han de costar la vida, ó la lengua; imítame á mí, y escribe sólo de aquí en adelante cartas simples y serias de familia, como ésta, donde cuentes hechos, sin reflexiones, comentarios ni moralejas, y en las cuales nadie pueda encontrar una palabra maliciosa, ni un reproche que echarte en cara, sino la sencilla rela-cion de las cosas que natural y diariamente en las Batuecas acontecen; ó lo que sería mejor, ni áun eso escribas, que para que



esta habilidad no se te olvide, bastará que pongas semanalmente la cuenta de la lavandera.

ANDRÉS NIPORESAS.



## EMPEÑOS Y DESEMPEÑOS

En prensa tenía yo mi imaginacion no há muchas mañanas (1) buscando un tema nuevo sobre qué dejar correr libremente mi atrevida sin hueso, que ya pedia conversacion, y acaso no la hubiera encontrado á no ser por la casualidad que contaré; y digo que no la hubiera encontrado, porque entre tantas apuntaciones y notas como en mi pupitre tengo hacinadas, acaso dos solas contendrán cosas que se puedan decir, ó que no deban por ahora dejarse de decir.

Tengo un sobrino, y vamos adelante, que esto nada tiene de particular. Este tal sobrino es un muchacho que ha recibido una educacion de las más escogidas que en este nuestro siglo se suelen dar; es decir esto, que sabe leer, aunque no en todos los ii-

---

(1) Carnaval del año 1832.

bros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leídas; contar no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de Veluci; canta lo que basta para hacerse rogar y no estar nunca en voz; monta á caballo como un centauro y da gozo ver con qué soltura y desembarazo atropella por esas calles de Madrid á sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia, para eso la paga y aún la suele silbar; de este modo da á entender que ha visto cosas mejores en otros países, porque ha viajado por el extranjero á fuer de bien criado. Habla un poco de francés y de italiano siempre que habia de hablar español, y español no lo habla, sino lo maltrata: á eso dice que la lengua española es la suya, y que puede hacer con ella lo que más le viniere en voluntad. Por supuesto que no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces; pero en cambio cree en chalanes y en mozas, en amigos y en rufianes. Se me olvidaba. No hablemos de su pundonor, porque éste es tal, que por la menor bagatela, sobre si lo miraron sobre si no lo miraron, pone una estoca-

da en el corazón de su mejor amigo, con la más singular gracia y desenvoltura que en esgrimador alguno se ha conocido.

Con esta exquisita crianza, pues, y vestirse de vez en cuando de majo, traje que lleva consigo el *¿qué se me da á mí?* y el *¡aquí estoy yo!* ya se deja conocer que es uno de los gerifaltes que más lugar ocupan en la corte, y que constituye uno de los adornos de la sociedad de buen tono de esta capital, de qué sé yo cuantos mundos.

Este es mi pariente, y bien sé yo que si su padre le viera había de estar tan embozado con su hijo como lo estoy yo con mi sobrino, por tan buena cualidad como en él se ha llegado á reunir. Conoce mi Joaquín esta fragilidad y aún suele prevalerse de ella.

Las ocho serían y vestíame yo, cuando entra mi criado y me anuncia mi sobrino. —¿Mi sobrino? Pues debe ser la una.—No, señor, son las ocho no más.—Abro los ojos asombrado y me encuentro á mi elegante de pié, vestido y en mi casa á las ocho de la mañana.—Joaquín, tú á estas horas.—Querido tío, buenos días.—¿Vas de viaje? —No, señor.—¿Qué madrugón es este?—¿Yo madrugar, tío? Todavía no me he acostado.—¡Ah, ya decía yo! —Vengo de casa de la marquesita del Peñol: hasta ahora ha durado el baile; Francisco se ha ido á

casa con los seis dominós que he llevado esta noche para mudarme.—¿Seis no más? —No más.—No se me hacen muchos.—Tenía que engañar á seis personas.—¿Engañar? Mal hecho.—Querido tío, V. es muy antiguo.—Gracias, sobrino, adelante.—Tío mio, tengo que pedirle á V. un gran favor.—¿Seré yo la séptima persona?—Querido tío, ya me he quitado la máscara.—Dí el favor, y eché mano de la llave de mi gabela.—En el dia no hay rentas que basten para nada; tanto baile, tanto... en una palabra, tengo un compromiso. ¿Se acuerda usted de la repeticion de Breguet que me vió V. d.as pasados?—Sí, que te habia costado 5.000 reales.—No era mía.—¡Ah!—El marqués de\*\*\* acaba de llegar de París, queria mandarla limpiar, y no conociendo á ningun relojero en Madrid le prometí enviársela al mio.—Sigue.—Pero mi suerte lo dispuso de otra manera: tenía yo aquel dia un compromiso de honor; la baronesita y yo habíamos quedado en ir juntos á Chamartin á pasar un dia; era imposible ir en su coche; es demasiado conocido.....—Adelante.—Era indispensable tomar yo un coche, disponer una casa y una comida de campo..... á la sazón me hallaba sin un cuarto; mi honor era lo primero, además que andan las ocasiones por las nubes...—Sigue —Empeñé la repeticion de mi amigo.—¡Por

tu honor! — Cierto. — ¡Bien entendido! ¿Y ahora? — Hoy como con el marqués, le he dicho que la tengo en casa compuesta y..... — Ya entiendo. — Ya ve usted, tío..... esto pudiera producir un lance muy desagradable. — ¿Cuánto es? — Cien duros. — ¿Nada más? No se me hace mucho.

Era claro que la vida de mi sobrino y su honor se hallaba en inminente riesgo. ¿Qué podía hacer un tío tan cariñoso, tan amante de su sobrino, tan rico y sin hijos, Conté, pues, sus cien duros, es decir, los míos. — Sobrino, vamos á la casa donde está empeñada la repetición. — *Quand il vos plaira*, querido tío.

Llegamos al café, una de las lonjas de empeño, digámoslo así, y comencé á sospechar desde luego que esta aventura habia de producirme un artículo de costumbres. — Tío, aquí será preciso esperar. — ¿A quién? — Al hombre que sabe la casa. — ¿No la sabes tú? — No señor; estos hombres no quieren nunca que se vaya con ellos. — ¿Y se les confían repeticiones de 5.000 reales? — Es un honrado corredor que vive de este tráfico. Aquí está. Este es el honrado corredor, y entró un hombre como de unos cuarenta años, si es que se podía seguir la huella del tiempo en una cara como la debe de tener el judío errante, se vive todavía desde el tiempo de Jesucristo. Rostro

acuchillado con varios chirlos y jirones tan bien avenidos y colocados de trecho en trecho, que más parecían nacidos en aquella cara que efectos de encuentros desgraciados; mirar vizeo, como de quien mira y no mira; barbas independientes, crecidas y que daban claros indicios de no tener con las navajas todo aquel trato y familiaridad que exige el aseo; ruin sombrero con oficios de quitaguas; capa de estas que no tapan lo que llevan debajo, con muchas cenefas de barro de Madrid; botas ó zapatos, que esto no se conocía, con más lodo que cordobán; uñas de escribano, y una pierna de dos que tenía, en vez de sustentar la carga del cuerpo, le servía á este de carga, y era de él sustentada, por donde del tal corredor, se podía decir exactamente aquello de que *Tripas llevan piés*; metal de voz, además, que á todos los ruidos desapacibles se asemejaba, y aire, en fin, misterioso y escudriñador.—¿Está eso, señorito? —Está; tío, déselo usted.—Es inútil, yo no entrego mi dinero de esta suerte.—Caballero, no hay cuidado.—No lo habrá ciertamente; porque no lo daré. Aquí empezó una de votos y juramentos del honrado corredor, de quien tan injustamente se desconfiaba, y de lamentaciones deprecatorias de mi sobrino, que veía escapársele de las manos su repetición por una etiqueta de esta especie;

pero me mantuve firme y le fué preciso ceder al hebreo mediante una honesta gratificación que con sus votos canjeamos.

En el camino nuestro *Cicerone*, más aplacado, sacó de la faltriquera un paquetillo, y mostrándomelo secretamente:—Caballero, me dijo al oído, cigarros habanos, cajetillas, cédu'as de..... y otras frioleras por si usted gusta.—Gracias, honrado corredor. Llegamos por fin á fuerza de apisonar con los piés calles y encrucijadas á una casa y á un cuarto 4.º, que alguno hubiera llamado guardilla á haber vivido en él un poeta. »

No podré explicar cuán mal se avenían á estar juntas unas con otras, y en aquel tan incongruente desvan, las diversas prendas que de tan várias partes allí se habian venido á reunir. ¡Oh, si hablaran todos aquellos cautivos! El deslumbrante vestido de la belleza, ¿qué de cosas diría dentro de sus límites ocurridas? ¿Qué el collar muchas veces importuno, con prisa desatado y arrojado con despecho? ¿Qué sería escuchar aquella sortija de diamantes, inseparable compañera de los hermosos dedos de marfil de su hermoso dueño? ¡Qué diálogo pudiera trabajar aquella rica capa de chinchilla con aquel chal de cachemira! Desvié mi pensamiento de estas locuras, y parecióme bien que no hablasen. Admiréme sobremanera al reconocer en los dos prestamistas

que dirigian toda aquella máquina á dos personas que muchos de las sociedades conocia, y de quien nunca hubiera presumido que pelecharan con aquel comercio; avergonzáronse ellos algun tanto de hallarse sorprendidos en tal ocupacion, y fulminaron una mirada de éstas que llevan en sí una larga reconvencion sobre el israelita que de aquella manera habia comprometido su buen nombre introduciendo profanos, no iniciados, en el santuario de sus ministerios.

Hubo de entrar mi sobrino á la pieza inmediata, donde se debia buscar la repetición y contar el dinero: yo imaginé que aquel debia de ser lugar más á propósito todavía para aventuras que el mismo puerto Lapice: calé el sombrero hasta las cejas, levanté el embozo hasta los ojos, púseme á lo oscuro, donde podia escuchar sin ser notado, y dí a mi observacion libre rienda que caminase por do más le pluguiese. Poco tiempo habria pasado en aquel recogimiento, cuando se abre la puerta, y un jóven vestido modestamente pregunta por el corredor.

«Pepe, te he esperado inútilmente; te he visto pasar y he seguido tus huellas. Ya estoy aquí y sin un cuarto; no tengo recurso.—Ya le he dicho á V. que por ropas es imposible — ¡Un frac nuevo! ¡Una levita poco usada! ¿No ha de valer esto más de

16 duros que necesito?—Mire V., aquellos cofres, aquellos armarios están llenos de ropas de otros como V.; nadie parece á sacralas y nadie da por ellas el valor que se prestó.—Mi ropa vale más de 50 duros: te juro que ántes de ocho dias vuelvo por ella.—Eso mismo decia el dueño de aquel sortú que ha pasado en aquella percha dos inviernos; y la que trajo aquel chal, que lleva aquí dos carnavales; y la.....—Pepe, te daré lo que quieras; mira, estoy comprometido; ¡no me queda más recurso que tirarme un tiro!» Al llegar aquí el diálogo, eché mano de mi bolsillo, diciendo para mí: no se tirará un tiro por 16 duros un jóven de tan buen aspecto. Quién sabe si no habrá comido hoy su familia; si alguna desgracia..... iba á llamarle, pero me previno Pepe diciendo: ¡Mal hecho!—Tengo que ir esta noche sin falta á casa de la señora de W.\*\*\* y estoy sin traje: he dado palabra de no faltar á una persona respetable. Tengo que buscar además un dominó para una prima mia, á quien he prometido acompañar..... Al oír esto solté insensiblemente mi bolsa en mi faltriquera ménos poseido ya de mi ardiente caridad. —¡Es posible! Traiga V. una alhaja. —Ni una me queda; tú lo sabes: tienes mi reloj, mis botones, mi cadena... ¡Diez y seis duros!—Mira, con ocho me contento.—Yo no puedo hacer na-

da en eso; es mucho.—Con cinco me contento, y firmaré los diez y seis y te daré ahora mismo uno de gratificación.....—Ya sabe V. que yo deseo servirle, pero como no soy el dueño..... ¿A ver el frac? Respiró el jóven, sonrióse el corredor; tomó el atribulado cinco duros, dió de ellos uno y firmó diez y seis, contento con el buen negocio que habia hecho.—Dentro de tres dias vuelvo por ello. Adios. Hasta pasado mañana.—Hasta el año que viene.—Y fuése cantando el especulador.

Retumbaban todavía en mis oídos las pisadas y *le priori ure* del atolondrado, cuando se abre violentamente la puerta, y la señora de H.\*\*\*, y en persona, con los ojos encendidos y toda fuera de sí, se precipita en la habitacion.—¡D. Fernando!—A su voz salió uno de los prestamistas, caballero de no mala figura y de muy galantes modales.—¡Señora!—¿Me ha enviado usted esta esquela?—Estoy sin un maravedí; mi amigo no la conoce á V. ... es un hombre ordinario..... y como hemos dado ya más de lo que valen los adornos que tiene V. ahí..... —¿Pero no sabe V. que tengo repartidos los billetes para el baile de esta noche? Es preciso darle ó me muero del sofoco.....—Yo, señora..... —Necesito indispensablemente 1.000 reales, y retirar, siquiera hasta mañana, mi diadema de perlas y mis braceletes para es-

ta noche: en cambio vendrá una vajilla de plata y cuanto tengo en casa. Debo á los músicos tres noches de funcion; esta me han dicho decididamente que no tocarán si no les pago. El catalan me ha enviado la cuenta de las velas, y que no enviará más mientras no le satisfaga.—Si yo fuera solo.....— ¿Reñiremos? ¿No sabe V. que esta noche el juego solo puede producir?... ¡Nos fué tan mal la otra noche! ¿Quiere V. más billetes? No me han dejado más que seis. Envíe V. á casa por los efectos que he dicho.—Yo conozco..... por mí..... pero aquí pueden oírnos; entre V. en ese gabinete. Entráronse, y se cerró la puerta tras de ellos.

Siguióse á esta escena la de un jugador perdidoso que habia perdido el último maravedí, y necesitaba armarse para volver á jugar. Dejó un reloj, tomó diez, firmó quince, y se despidió diciendo: «Tengo corazonada; voy á sacar veinte onzas en media hora, y vuelvo por mi reloj.» Otro jugador ganancioso vino á sacar unas sortijas del tiempo de su prosperidad: a'gun empleado vino á tomar su mesada adelantada sobre su sueldo, pero descabalada de los crecidos intereses: algun necesitado verdadero se remedió, si es remedio comprar un duro con dos; y solo mentaré en particular al criado de un personaje que vino por fin á rescatar ciertas alhajas que habia más de tres años

que cautivas en aquel Argel estaban. Habíanse vendido las alhajas, desconfiados ya los prestamistas de que nunca las pagaran, y porque los intereses estaban á punto de traspasar su valor. No quiero pintar la grita y la zalgarda que en aquella bendita casa se armó. Despues de dos años de reclamaciones inútiles, hoy venian por las alhajas; ayer se habian vendido. Juró y blasfemó el criado y fuése, prometiendo poner el remedio de aquel atrevimiento en manos de quien más conviniese.

¿Es posible que se viva de esta manera? Pero qué mucho, si el artesano ha de parecer artista, el artista empleado, el empleado, título, el título grande, y el grande Príncipe? ¿Cómo se puede vivir haciendo ménos papel que el vecino? ¡Bien haya el lujo bien haya la vanidad!

En esto salia ya del gabinete la bella convidadora; habíase secado el manantial de sus lágrimas.

— Adios, y no falte V. á la noche, dijo misteriosamente una voz penetrante y agitada. — Descuide V.; dentro de media hora enviaré á Pepe, respondió una voz ronca y mal segura. — Bajó los ojos la belleza, compuso sus blondos cabellos, arregló su mantilla, y salió precipitadamente.

A poco salió mi sobrino, que despues de darme las gracias, se empeñó tercamente

en hacerme admitir un billete para el baile de la señora H.\*\* Z.

Sonreíme, nada dije á mi sobrino, ya que nada habia oido, y asistí al baile.

Los músicos tocaron: las luces ardiéron.

¡Oh utilidad de los usureros!

No quisiera acabar mi artículo sin advertir que reconocí en el baile al famoso prestamista, y en los hombros de su mujer el chal magnífico que llevaba tres carnavales en el cautiverio; y dejó de asombrarme desde entónces el lujo que en ella tantas veces no habia comprendido.

Retiréme temprano, que no le sientan bien á mis canas ver entrar á Febo en los bailes; acompañóme mi sobrino, que iba á otra concurrencia. Bajé del coche, y nos despedimos. Parecióme no encontrar en su voz aquel mismo calor afectuoso, aquel interés con que por la mañana me dirigia la palabra. Un *adios* bastante indiferente me recordó que aquel dia habia hecho un favor, y que el tal favor ya habia pasado.

Acaso habia sido yo tan necio como loco mi sobrino.

No era mucho, decia yo, que un joven los pidiera; ¡pero que los diera un viejo!

Para distraer estas melancólicas imaginaciones, que tan triste idea dan de la hu-

manidad, abrí un libro de poesía, y acertó á ser en aquel punto en que dice Bartolomé de Argensola:

De estos niños Madrid vive logrado,  
Y de viejos tan frágiles como ellos,  
Porque en la misma escuela se han criado.



## EL CASARSE PRONTO Y MAL

Así como tengo aquel sobrino de quien he hablado en mi artículo de empeños y desempeños, tenía otro, no hace mucho tiempo, que en esto suele venir á parar el tener hermanos. Este era hijo de una mi hermana, la cual habia recibido aquella educacion que se daba en España no hace ningun siglo; es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leia la vida del santo, se oia misa todos los dias, se trabajaba los de labor, se paseaba las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el Domingo de Ramos, y andaba siempre señor padre, que entónces no se llamaba *papá*, con la mano más besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las mu-

chachas, ayudadas de su cuyo, hubiesen á las manos algun libro de los prohibidos, ni ménos aquellas novelas que, como solía decir, á pretexto de inclinar á la virtud, enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educación fuese mejor ni peor que la del día; sólo sabemos que vinieron franceses, y como aquella buena ó mala educación no estribaba en mi hermana en principios ciertos, sino en la rutina y en la opresion doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fué necesaria mucha comunicacion con algunos oficiales de la guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era sin embargo el más divertido. ¿Qué motivo habrá efectivamente que nos persuada que debemos en esta corta vida pasarlo mal, pudiendo pasarlo mejor? Aficiónóse mi hermana de las costumbres francesas, y ya no fué el pan pan, ni el vino vino: casóse, y siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del tuerto Pepe Botellas, que tenía dos ojos muy hermosos y nunca bebia vino, emigró á Francia.

Excusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda educación tenía tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca sepa detenerse en el justo medio, pasó del año cristiano á Pigault

Lebrun, y se dejó de misas y devociones, sin saber más ahora por qué las dejaba que ántes por qué las tenía. Dijo que el muchacho se habia de educar como convenia; que podria leer sin órden ni método cuanto libro le viniese á las manos, y qué se yo qué más cosas decia de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustracion, añadiendo que la religion era un convenio social en que sólo los tontos entraban de buena fé, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que *padre y madre* eran cosa de brutos, y que á *papá y mamá* se les debia tratar de *tú*, porque no hay amistad que iguale á la que une á los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán siempre los primeros á los segundos): verdades todas que respeto tanto ó más que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades, como cada hombre tiene su cara.

No es necesario decir que el muchacho, que se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado, puesto que la despreocupacion es la primera preocupacion de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fué superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse más rienda de la que se le

habia dado. Murió, no sé á qué propósito, mi cuñado, y Augusto regresó á España con mi hermana, toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar; y trayéndonos entre otras cosas noticias ciertas de como no habia Dios, porque eso se sabe en Francia de muy buena tinta. Por supuesto que no tenía el muchacho quince años y ya galleaba en las sociedades, y citaba, y se metia en cuestiones, y era hablador, y raciocinador como todo muchacho bien educado; y fué el caso que oia hablar todos los dias de aventuras escandalosas; y de los amores de fulanito con la menganita, y le pareció, en resumidas cuentas, cosa precisa para hombrear enamorarse.

Por su desgracia acertó á gustar á una jóven, personita muy bien educada tambien, la cual es verdad que no sabia gobernar una casa, pero se embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los dias, una novela sentimental con la más desatinada aficion que en el mundo jamás se ha visto; tocaba su poco de piano y cantaba su poco de aria de vez en cuando, porque tenía una bonita voz de contralto. Hubo guiños y apretones desesperados de piés y manos, y várias epístolas recíprocamente copiadas de la nueva Eloisa; y no

hay más que decir sino que á los cuatro dias se veian los dos inocentes por la ventanilla de la puerta y escurrian su correspondencia por las rendijas, sobornaban con el mejor fin del mundo á los criados, y por último, un su amigo, que debia quererle muy mal, presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracia él y ella, que habian dado principio á sus amores porque no se dijese que vivian sin su trapillo, se llegaron á imaginar primero, y á creer despues á piés juntillas, como se suele muy mal decir, que estaban verdaderamente enamorados. ¡Fatal credulidad! Los parientes, que previeron en qué podia venir á parar aquella inocente aficion ya conocida, pusieron de su parte todos los esfuerzos para cortar el mal, pero ya era tarde. Mi hermana, en medio de su despreocupacion y de sus luces, nunca habia podido desprenderse del todo de cierta aficion á sus ejecutorias y blasones, porque hay que advertir dos cosas: 1.<sup>a</sup>, que hay despreocupados por este estilo; y 2.<sup>a</sup>, que semos nobles, lo que equivale á decir, que desde la más remota antigüedad nuestros abuelos no han tralajado para comer. Conservaba mi hermana este apego á la nobleza, aunque no conservaba bienes; y ésta es una de las razones por qué estaba mi sobrinito desterrado á morir de hambre si no se le hacia meter la cabeza

en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio, ¡oh! ¿qué hubieran dicho los parientes y la nacion entera? Averiguóse, pues, que no tenia la niña un origen tan preclaro, ni más dote que su instruccion novelesca y sus *duettos*, fincas que no bastan para sostener el boato de una persona de su clase. Averiguó tambien la parte contraria que el niño no tenía empleo, y dándosele un bledo de su nobleza, hubo aquello de decirle: «Caballerito, ¿con qué objeto entra V. en mi casa?—Quiero á Elenita, respondió mi sobrino.—¿Y con qué fin, caballerito?—Para casarme con ella.—Pero no tiene usted empleo ni carrera.—Eso es cuenta mia.....—Sus padres de V. no consentirán.....—Sí, señor, V. no conoce mis papás.—Perfectamente; mi hija será de V. en cuanto me traiga una prueba de que puede mantenerla, y el permiso de de sus padres; pero en el ínterin, si V. la quiere tanto, excuse por su mismo decoro sus visitas.—Entiendo.—Me alegro, cabarito»; y quedó nuestro Orlando hecho un estatua, pero bien decidido á romper por todos los inconvenientes.

Bien quisiéramos que nuestra pluma, mejor cortada, se atreviese á trasladar al papel la escena de la niña con la mamá; pero diremos, en suma, que hubo prohibicion de asomarse al alcon y de corres-

ponder al mancebo, á todo lo cual la malva respondió con cuatro desvergüenzas acerca del libre albedrío y de la libertad de la hija para escoger marido, y no fueron bastantes á disuadirla las reflexiones acerca de la ninguna fortuna de su elegido: todo era para ella tiranía y envidia que los papás tenían de sus amores y de su felicidad, concluyendo que en los matrimonios era lo primero el amor, que en cuanto á comer, ni eso hacía falta á los enamorados, porque en ninguna novela se dice que coman las Amandas y los Mortimers, ni nunca les habian de faltar unas sopas de ajo.

Poco más ó ménos fué la escena de Augusto con mi hermana, porque aunque no sea legítima consecuencia, tambien concluia de que los padres no deben tiranizar á los hijos, que los hijos no deben obedecer á los padres: insistia en que era independiente; que en cuanto á haberle criado y educado nada le debia, pues lo habia hecho por una obligacion imprescindible, y á lo del sér que le habia dado, ménos, pues no se lo habia dado por él, sino por las razones que dice nuestro Cadalso entre otras lindezas sutilísimas de este jaez.

Pero insistieron tambien los padres, y despues de haber intentado infructuosamente varios medios de seduccion y raptó, no dudó nuestro paladin, vista la obstina-

cion de las familias, en recurrir al medio en boga de sacar á la niña por el vicario; púsose el plan en ejecucion, y á los quince días mi sobrino habia reñido ya decididamente con su madre; habia sido arrojado de su casa, privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral; pero, se entiende, de esta especie de neutralidad que se usa en el día; de suerte que nuestra Angélica y Medoro se veian más cada día y se amaban más cada noche. Por fin amaneció el día feliz, otorgóse la demanda; un amigo prestó á mi sobrino algun dinero, uniéronse con el lazo conyugal, estableciéronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual á la que aquellos buenos hijos disfrutaron miéntras duraron los pesos duros del amigo.

Pero ¡oh dolor! pasó un mes, y la niña no sabia más que acariciar á su Medoro, cantarle una aría, ir al teatro y bailar una mazourka, y Medoro, no sabia más que disputar. Ello, sin embargo, el amor no alimenta, y era indispensable buscar recursos.

Mi sobrino salia de mañana á buscar dinero, cosa más difícil de encontrar de lo que parece, y la vergüenza de no poder llevar á su casa con qué dar de comer á su mujer, le detenia hasta la noche. Pasemos un velo sobre las escenas horribles de tan amarga posicion. Miéntras que Augusto

pasaba el día léjos de ella en sufrir humillaciones, la infeliz consorte gime luchando entre los celos y la rabia. Todavía se quieren, pero en casa donde no hay harina, todo es mohina; las más inocentes expresiones se intepretan en la lengua del mal humor como ofensas mortales; el amor propio ofendido es el más seguro antídoto del amor, y las injurias acaban de apagar un resto de la antigua llama que, amortiguada, en ambos corazones ardía; se suceden unos á otros los reproches, y el infeliz Augusto insulta á la mujer que le ha sacrificado su familia y su suerte, echándole en cara aquella desobediencia á la cual no há mucho tiempo él mismo la inducia; á los continuos reproches se sigue, en fin, el ódio.

¡Oh, si hubiera quedado aquí el mal! Pero un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar á su familia á ocupaciones groseras, no le impide precipitarse en el juego y en todos los vicios y bajezas, en todos los peligros, que son su consecuencia. Corramos de nuevo, corramos un velo sobre el cuadro á que dió la locura la primera pincelada, y apresurémonos á dar nosotros la última.

En este miserable estado pasan tres años, y ya tres hijos más rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles.

Ya el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices: aquella amabilidad de Elena es coquetería á los ojos de su esposo; su noble orgullo, insufrible altanería; su garrulidad divertida y graciosa, locuacidad insolente y cáustica: sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos están ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora conoce que sus piés son grandes y sus manos feas; ninguna amabilidad, pues, para ella, ninguna consideracion. Augusto no es, á los ojos de su esposa, aquel hombre amable y seductor, flexible y condescendiente; es un holgazan, un hombre sin ninguna habilidad, sin talento alguno, celoso y soberbio, déspota y no marido..... En fin, ¡cuánto más vale el amigo generoso de su esposo, que les presta dinero y les promete aún proteccion! ¡Qué movimiento en él! ¡Qué actividad! ¡Qué heroismo! ¡Qué amabilidad! ¡Qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos! ¡Qué no permitir que ella trabaje en labores groseras! ¡Qué asiduidad y qué delicadeza en acompañarla los dias enteros que Augusto la deja sola! ¡Qué interés, en fin, el que se toma cuando le descubre por su bien que su marido se distrae con otra!.....

¡Oh poder de la calumnia y de la miseria! Aquella mujer, que si hubiera escogi-

do un compañero que la hubiera podido sostener, hubiera sido acaso una Lucrecia, sucumbe por fin á la seducción y á la falaz esperanza de mejor suerte.

Una noche vuelve mi sobrino á su casa; sus hijos están solos.—¿Y mi mujer? ¿Y sus ropas?—Corre á casa de un amigo.—¿No está en Madrid? ¡Cielos! ¡Qué rayo de luz! ¿Será posible? Vuela á la policía, se informa. Una joven de tales y tales señas, con un supuesto hermano, han salido en la diligencia para Cádiz. Reune mi sobrino sus pocos muebles, los vende, toma un asiento en el primer carruaje, y hétele persiguiendo á los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja, y no es posible alcanzarlos hasta el mismo Cádiz. Llega, son las diez de la noche, corre á la fonda que le indican, pregunta, sube precipitadamente la escalera, le señalan un cuarto cerrado por dentro; llama; la voz que le responde le es harto conocida y resuena en su corazón; reobla los goipes; una persona desnuda levanta el pestillo. Augusto ya no es hombre, es un rayo que cae en la habitación; un chillido agudo le convence de que le han conocido; asesta una pistola, de dos que trae, al seno de su amigo, y el seductor cae revolcándose en su sangre; persigue á su miserable esposa, pero una ventana inmediata se abre, y la adúltera, poseída del te-

or y de la culpa, se arroja sin reflexionar e una altura de más de sesenta varas. El grito de la agonía le anuncia su última desgracia y la venganza más completa; sale precipitado del teatro del crimen, y encerrándose, ántes que le sorprendan, en su habitacion, coge aceleradamente la pluma y apenas tiene tiempo para dictar á su madre la carta siguiente:

«Madre mia, dentro de media hora no existiré; cuidad de mis hijos, y si quereis hacerlos verdaderamente despreocupados, empezad por instruirlos..... Que aprendan en el ejemplo de su padre á respetar lo que es peligroso despreciar sin tener ántes más sabiduría. Si no les podeis dar otra cosa mejor, no les quiteis una religion consoladora. Que aprendan á domar sus pasiones y á respetar á aquellos á quien lo deben todo. Perdonadme mis faltas: harto castigado estoy con mi deshonra y mi crimen; harto cara pago mi falsa despreocupacion. Perdonadme las lágrimas que es hago derramar. Adios para siempre.»

Acabada esta carta se oyó otra detonacion que resonó en toda la fonda, y la catástrofe que le sucedió me privó para siempre de un sobrino que, con el más bello corazon, se ha hecho desgraciado á sí y á cuantos le rodean.

No hace dos horas que mi desgraciada

hermana, despues de haber leido aquella carta, y llamándome para mostrármela, prostrada en su lecho, y entregada al más funesto delirio, ha sido desahuciada por los médicos.

*Hijo..... despreocupacion..... boda..... eligion..... infeliz.....* son las palabras que vagan errantes sobre sus labios moribundos. Y esta funesta impresion, que domina en mis sentidos tristemente, me ha impedido dar hoy á mis lectores otros artículos más joviales que para mejor ocasion les tengo reservados.



*Critica de Xiquel*  
*Critica de las esperanzas*  
*\* Plotoner*

## EL CASTELLANO VIEJO.

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el órden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo dia para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto con todo eso del antiguo ceremonial que en su trato ñenian adoptado nuestros padres, me obliga á aceptar á veces ciertos convites á que parecia el negarse grosería, ó por lo ménos ridícula afectacion de delicadeza.

Andábame dias pasados por esas calles á buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí várias veces á mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios, algun tropezon me recordaba de cuando en

cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiracion de los que á mi lado pasaban, me hacia reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontones que al volver las esquinas dí con quien tan distraida y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraidos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho ménos de los seres gloriosos é impasibles. En semejante situacion de mi espíritu, ¿qué sensacion no deberia producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (á lo que por entonces entendí) á un gradísimo brazo, vino á descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar á entender que desconocia este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda habia creído hacérmeme más que mediano, dejándome torcido para todo el dia, traté sólo de volverme para conocer quién fuese tan ni amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y ca-

riño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detrás, ¿quién soy? gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. ¿Quién soy?—Un animal, iba á responderle; pero me acordé de repente de quien podría ser, y sustituyendo cantidades iguales, *Braulio eres*, le dije. Al oírme, sueita sus manos, rie, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos á entrambos en escena. — ¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido?—¿Quién pudiera sino tú?... — ¿Has venido ya de tu Vizcaya?—No, Braulio no he venido.—Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí. ¿Sabes que mañana son mis días?—Te los deseo muy felices.—Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan pan y el vino vino; por consiguiente exijo de tí que no vayas á dármelos; pero estás convidado.—¿Á qué—Á comer conmigo.—No es posible.—No hay remedio—No puedo, insisto temblando.—¿No puedes?—Gracias.—¿Gracias?—Véte á paseo; amigo, como no soy el duque de F., ni el conde de P..... —¿Quién se resiste á una sorpresa de esa especie? ¿quién quiere parecer vano? No es eso, sino que..... —Pues si no es eso, me interrumpes, te espero á las dos: en casa se come á la española; tem-

prano. Tengo mucha gente; tendremos al famoso X. que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobre mesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla. — Esto me consoló algun tanto, y fué preciso ceder; un dia malo. dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios. — No faltarás si no quieres que riñamos. — No faltaré, dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado cojer. — Pues hasta mañana, y me dió un torniscon por despedida. Vile marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurrendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy léjos de pertenecer á lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono, pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo órden, que reúne entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal, y una crucecita á la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya

clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen á que tuviese una educacion más escogida y modales más suaves é insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre á toda ó la mayor parte de nuestra clase media, y á toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razon, defiende que no hay educacion como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; á trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las más encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, á quien les sucede poco más ó ménos lo que á una parienta mia, que se muere por las jorobas, sólo porque tuvo un querido que llevaba una excrecencia bastante visible sobre entrambos omóplatos. \*

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mútuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo sólo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede

ofender. El se muere *por plantarle una fresca al lucero del a'ba*, como suele decir, y cuando tiene un resentimiento se le *espetá á uno cara á cara*: como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir *cumplo y miento*; llama á la urbanidad hipocresía, y á la decencia monadas, á toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco más que griego: cree que toda la crianza está reducida á decir *Dios guarde á ustedes* al entrar en una sala, y añadir *con permiso de usted* cada vez que se mueve; á preguntar á cada uno por toda su familia, y despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusion, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporacion con alguno ó algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*, y que cuando se hallan en sociedad por desgracia sin un socorrido baston, darian cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como yo conocia ya á mi Braulio, no me pareció conveniente

cicalarme demasiado para ir á comer; estoy seguro de que se hubiera picado: no quise, sin embargo, excusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un dia de dias en semejantes casas; vestíme sobre todo lo más despacio que me fué posible, como se reconcilia al pié del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados más cometidos que contar para ganar tiempo: era citado á las dos, y entré en la sala á las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que ántes de la hora de comer entraron y saieron en aquella casa, entre las cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; déjome en blanco los necios cumplimientos que dijeron al señor de los dias; no hablo del inmenso círculo con que guarnecía la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba á mudar y de que en invierno suele hacer más frio que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí el señor X., que debia divertirnos tanto, gran concedor de esta clase de convites, habia tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba opor-

tunamente comprometido para otro convite, y la señorita que tan bien habia de cantar y tocar estaba ronca en tal disposicion que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenía un panadizo en un dedo.

¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

—Supuesto que estamos los que hemos de comer, exclamó don Braulio, vamos á la mesa, querida mia.—Espera un momento, le contestó su esposa casi al oído, con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro y.....—Bien, pero mira que son las cuatro.....—Al instante comeremos.....—Las cinco eran cuando nos sentábamos á la mesa.

Señores, dijo el anfitrión al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones, exijo la mayor franqueza; en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah! Fíguro, quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y además estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero, quítate el frac, no sea que le manches.—¿Qué tengo de manchar? le respondí mordiéndome los labios.—No importa, te daré una chaqueta mia; siento que no haya para todos.—No hay necesidad.—¡Oh! sí, sí, ¡mi chaqueta! Toma, mírala; un poco ancha te vendrá!—Pero, Braulio.....—No hay remedio; no te andes

con etiquetas; y en esto me quita él mismo el frac, *velis nolis*, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual sólo asomaba los piés y la cabeza; y cuyas mangas no me permitirían comer probablemente. Díle las gracias: al fin el hombre creía hacerme un obsequio.

Los días en que mi amigo no tiene convidados, se contenta con una mesa baja, poco más que banqueta de zapatero, porque él y su mujer, como dice ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando despues de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular y estar cómodos todos los días del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalacion de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que se habia creído capaz de contener catorce personas que éramos en una mesa donde apenas podrian comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado, como quien va á arrimar el hombro á la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la más fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme, por mucha distincion, entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas, que era

preciso enderezar á cada momento, porque las ladeaba la natural turbulencia de mi jóven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, /cuya corpulencia por todos lados se salia de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas á la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores á los ojales de sus fraques, como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

—Ustedes harán penitencia, señores, exclamó el Anfitrión una vez sentado; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genicys; frase que creyó preciso decir. Necia afectacion es ésta, si es mentira, dije yo para mí; y si es verdad, gran torpeza convidar á los amigos á hacer penitencia. Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que habia en aquella expresion más verdad de la que mi buen Baulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato los aburrimos unos y otros.

—Sírvasse usted.—Hágame usted el favor.  
 —De ninguna manera.—No lo recibiré.  
 —Páselo usted á la señora.—Está bien ahí.  
 —Perdone usted.—Gracias.—Sin etiqueta,

señores, exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara. Sucedió á la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamon; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura. Siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y á éste otro y otros y otros; mitad traídos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio, mitad hechos en casa por la criada de todos los dias, por una vizcaína auxiliar, tomada al intento para aquella festividad, y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

—Este plato hay que disimularle, decia ésta de unos pichones; están un poco quemados.—Pero, mujer..... —Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas.—¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego! se puso algo tarde.—¿No les parece á ustedes que está algo ahumado este estofado? —¿Qué quieres? Una no puede estar en todo.—¡Oh, está excelente, exclamábamos todos dejándonoslo en el plato; excelente! —Este pescado está pasado.—Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron